

Estrategias de transmisión del valor de responsabilidad en el ámbito familiar

Hortensia López Lorca
Universidad de Murcia

Resumen

La familia juega un papel preponderante en la transmisión de valores.

A través de una investigación cualitativa, realizada con padres y alumnos de un colegio privado concertado, se describe la percepción que tienen padres e hijos del valor de responsabilidad. Se analizan las condiciones más favorables para su transmisión (afecto, diálogo, clima moral), las pautas que los padres utilizan (objetivos, motivación, normas, orden, esfuerzo personal, servicio a los demás), y la asimilación de este valor por parte de los hijos.

El informe de investigación expone el diferente modo de percibir –padres e hijos– el valor de responsabilidad y concluye con una serie de propuestas para contribuir a la mejora de la transmisión de valores y de su apropiación por los hijos.

Summary

Transmission Strategies of the value of responsibility in the family setting

The family plays a central role in the transmission of values.

As the result of a qualitative investigation with fathers and students of a private, state assisted college, we can describe the perceptions fathers and children have towards responsibility. We can analyse the most favourable conditions for its transmission (affection, dialogue, moral climate), the guidelines the fathers use (objectives, motivation, rules, order, personal character, service and others) and the assimilation of these values by the children.

Comprender qué significa formar una familia, vivir con responsabilidad el matrimonio, puede estar a la base del éxito o del fracaso de la institución familiar y de su descendencia. Frente a la cultura individualista de los últimos tiempos, es necesario revisar las propias convicciones sobre el matrimonio. Se trata de comprender que el verdadero amor es inseparable del sentimiento de responsabilidad por la persona, responsabilidad que comprende el cuidado de su verdadero bien, ya no se es una persona sino dos.

Además de ello, dado que bastantes de los comportamientos del ser humano son manifestaciones de sus valores, de tal modo que los valores llegan a ser reales en tanto que se traducen en conductas, los valores son una buena base para explicar lo que hay detrás del ser y actuar de los padres. Por ello, parece necesario estudiar cuál es la percepción que tienen los padres de los valores.

Concretamente, este estudio, se centra en la percepción que los padres tienen del valor de responsabilidad y sus pautas de transmisión en la familia, para concluir en la convicción de que los padres necesitan un apoyo para la consecución de esos anhelos suyos legítimos de ser buenos “conductores” de corriente vital y humana para sus hijos.

Citando a Karol Wojtila (1996), sólo quien posee una conciencia evidente del valor de la persona puede comprender su importancia. Quien sólo es capaz de reaccionar ante los valores sexuales pero no ve los de la persona, siempre confundirá el amor con el erotismo y, a fin de cuentas, complicará su vida y la de los otros privándolos y privándose del verdadero sentido del amor. Este amor es inseparable del sentimiento de responsabilidad por la persona, responsabilidad que comprende el cuidado de su verdadero bien, sello infalible de una expansión de un yo y una existencia a los que viene a añadirse otro yo y otra existencia que le son tan íntimos como los suyos. Un amor que rehúsa esa responsabilidad es inevitablemente egoísmo, la negación misma del amor. Cuanto más responsable de la persona se siente el sujeto, tanto más hay en él de amor verdadero.

Como apunta el Profesor Rof Carballo (1986), el hombre, nacido ser indigente, sin terminar, tiene que ir formando estructuras biológicas que no llegan a su madurez sin el apoyo del amor. Sólo la tutela amorosa, por tanto, sólo la familia puede dar esa atmósfera de amparo que el hombre necesita imperiosamente para convertirle en un ser en el que la maravilla del mundo pueda pasar de potencia adormilada a maravillosa realidad.

Proyección de los valores del matrimonio en los hijos

¿Qué se entiende por valor?

Para el ser humano siempre han existido cosas valiosas: el bien, la verdad, la belleza, la felicidad, la virtud. Sin embargo, el criterio para darles valor ha variado a través de los tiempos. Se puede valorar de acuerdo con criterios estéticos, esquemas sociales, costumbres, principios éticos o, en otros términos, por el costo, la utilidad, el bienestar, el placer, el prestigio.

Este concepto abarca contenidos y significados diferentes y ha sido abordado desde diversas perspectivas y teorías. En sentido humanista, se entiende por valor lo que hace que un hombre sea tal, sin lo cual perdería la humanidad o parte de ella. El valor se refiere a una excelencia o a una perfección. Por ejemplo, se considera un valor decir la verdad y ser honesto; ser sincero en vez de ser falso; es más valioso trabajar que robar. La práctica del valor desarrolla la humanidad de la persona, mientras que el contravalor lo despoja de esa cualidad. Desde un punto de vista socio-educativo, los valores son considerados referentes, pautas o abstracciones que orientan el comportamiento humano hacia la transformación social y la realización de la persona. Son guías que dan determinada orientación a la conducta y a la vida de cada individuo y de cada grupo social.

¿A quién corresponde la transmisión de valores?

Ortega y Mínguez comentan que el tratamiento de los valores aparece en los últimos años excesivamente escolarizado. La abundante bibliografía producida a raíz de la Logse incide reiteradamente en el papel de la escuela en la enseñanza de los valores morales como marco adecuado. Es difícil encontrar alguna referencia a su carácter complementario y limitado, que demanda y exige la vinculación a una experiencia más rica del valor en el ámbito de la familia. Como ámbito educativo de los valores, la escuela tiene sólo un carácter complementario, no supletorio de la acción educativa de la familia. Y ello porque el valor se aprende si éste está unido a la experiencia del mismo, o más exactamente, si es experiencia.

“Hoy en día existe una tendencia, por parte de algunos padres, a no sentirse implicados en la educación de sus hijos. Se tiende a atribuir toda la responsabilidad de la educación al sistema educativo formal, cuando es a ellos a quienes en primer lugar corresponde”(Pérez y Cánovas, 2002, pg.189).

Existe una grave disociación entre familia y escuela, un mutuo desconocimiento que hace difícil la propuesta de un proyecto educati-

vo compartido para los hijos, del que se sientan responsables profesores y padres. Eso todavía está por hacer. Más que vincular el aprendizaje de los valores a unas disciplinas y contenidos concretos, habría que hablar de la acción conjunta del profesorado y de la familia quienes, a través de intervenciones diferenciadas, plasman en actuaciones concretas la consecución de unos objetivos determinados (Ortega y Mínguez, 2001).

Esta actitud de colaboración debe estar marcada por las siguientes características: deseo de trabajar juntos en el empeño por conseguir un acuerdo sobre las metas educativas, responsabilidad compartida en las acciones desarrolladas para alcanzar dichos objetivos; acuerdo y aportaciones mutuas sobre los roles a desempeñar; compartir información; respeto y confianza y no desautorizarse unos a otros delante de los adolescentes aunque exista disparidad de criterios, aspecto bastante frecuente, que suele ocurrir por parte de los padres. En el marco de esta colaboración, parece urgente el fomento de las escuelas de padres, actividades de formación desde una perspectiva técnico-profesional, que permitan a los padres desarrollar habilidades y estrategias eficaces de comunicación con los hijos.

Papel preponderante de la familia en la transmisión de valores

Como afirma González Tornaría (2000), la forma en que se organizan las familias, cómo se dividen las tareas, qué expectativas se tienen de los miembros de la familia y los valores, actitudes y expectativas que de esta forma se transmiten constituyen el “currículo del hogar”. Este currículo del hogar no está escrito –a diferencia del escolar– pero cuenta con objetivos, contenidos, metodologías que determinan la seña de identidad de cada familia, y contribuyen a generar aprendizajes en sus miembros.

En este currículo figuran las normas que regulan la vida familiar: los horarios, las comidas, el trabajo, el juego, la competencia, la competitividad, el consumo, la comunicación, la expresión de afecto, el afrontamiento de conflictos, las relaciones con el exterior, los deseos y hasta la vida espiritual.

En un sentido amplio pueden ser valores tanto la solidaridad con los países en vías de desarrollo, como el prestigio profesional, el ser enigmático o el ser independiente, el dinero o la amistad, el esfuerzo o la comodidad, etc.

Ante esta diversidad resulta útil la clasificación básica de McKay, que diferencia valores morales y no morales. Los valores morales son la base para los juicios de responsabilidad moral y guían las conductas éticas, están relacionados con el bien y el mal: la justicia, la honestidad, la verdad, no dañar a los demás, cumplir las promesas, etc.,

tienen un pretendido carácter universal y conllevan un sentido de obligatoriedad. Los valores no morales son preferencias, estilos y gustos, como la lectura, el baile o la soledad. Proporcionan una gratificación pero no poseen un sentido normativo. Esta diferenciación es importante para abordar la resolución de conflictos familiares (Gimeno, 1999).

Muchas alegrías y lamentos cotidianos están mucho más relacionados con valores no morales, con situaciones cotidianas, aparentemente irrelevantes, triviales o irracionales, que cuesta reconocer y confesar, pero que condicionan el estado de ánimo y el comportamiento de los miembros de la familia.

Los conflictos suelen producirse por razones diversas:

a) Falta de conciencia explícita de los valores. La familia puede no ser plenamente consciente de los valores que defiende, hereda y transmite. A veces exige el cumplimiento de unas normas por tradición, sin que se tenga claro qué valor se está transmitiendo con ellas o estando incluso en contra.

b) Confusión entre valores morales y no morales. Ello genera conflictos con escaso fundamento, de los que derivan niveles de exigencia poco adecuados. Los valores son los más importantes en el proceso de desarrollo personal y socialización; en cambio, los no morales responden a diferentes opiniones o preferencias y requieren mayor tolerancia.

c) Diferencias de indicadores o manifestaciones de los valores. Un valor puede ser compartido por la familia, pero el modo específico en que el valor se manifiesta puede ser diferente. El conflicto se reduce cuando la familia se da cuenta de que las diferentes manifestaciones son armonizables porque responden a un mismo valor compartido.

d) Falta de coherencia entre pensamiento y acción. La falta de coherencia entre el valor defendido verbalmente y la conducta objetiva puede plantear conflictos familiares en donde unos se sienten defraudados o engañados por los otros. La incoherencia observada reduce la confianza, la estima y la valoración de los otros.

e) Escasa tolerancia intrafamiliar. La diversidad familiar hace imposible el consenso absoluto entre los valores sostenidos y en sus indicadores, de ahí que la clarificación de valores y la coherencia entre pensamiento y acción deba ir acompañada de la tolerancia y el respeto. Es obvio que las preferencias musicales, la afiliación política, las creencias religiosas, la drogadicción y la violencia requieran niveles muy diferentes de negociación.

f) Contexto social intolerante a los valores familiares. Cuando el contexto externo es intolerante y hasta represivo respecto a los valores familiares, la familia se ve obligada a ahogar su manifestación y a padecer el rechazo social, manifiesto por medio de descalificaciones sutiles o incluso mediante la agresión verbal y física.

Todos dan por supuesto que están bien informados y que tienen los suficientes elementos de juicio para emitir una opinión. Pero, en cambio, lo que suele fallar es la disposición de buscar la verdad, tal vez porque esto suponga esfuerzo. Para dejarse formar es necesario partir de la base de que necesitamos aprender, incluso profundizar más en aquellas verdades que tenemos enraizadas desde pequeños. Un nivel adecuado de duda es un ingrediente imprescindible en nuestras convicciones, y la actitud tolerante constituye una importante defensa ante los posibles riesgos de derrumbamiento del concepto de sí mismo (Arana-Gondra, 1999).

La toma de conciencia y clarificación de valores, sea ésta individual o en grupo, facilita ya de por sí la aproximación de la familia, el conocimiento y comprensión mutuos y favorece la búsqueda de respuestas y soluciones de reconciliación o armonización del sistema.

La transmisión de valores y normas de un grupo cultural a las generaciones jóvenes viene siendo una de las funciones básicas de la familia. Esta transmisión de valores garantiza la supervivencia de cada sociedad, su propio desarrollo y su propia idiosincrasia. El proyecto de desarrollar una vida acorde con los valores morales pretende no sólo el bienestar de una pequeña comunidad, sino el bienestar de todo ser humano, de todo ser vivo. Es un proyecto que ha ido avanzando de lo local a lo global, en un incansable intento de llegar a ser verdaderamente universal.

La organización familiar en torno a un código ético, pretende no sólo una expansión numérica de los valores compartidos, sino también una expansión en el crecimiento individual, porque los valores morales no contraponen, sino que suman y armonizan el bien propio y el ajeno.

Estilos educativos en la transmisión de valores

Los padres manifiestan muchas veces su incapacidad para llevar a cabo la tarea de educar a sus hijos conforme a unos valores cívicos que favorezcan el respeto, la tolerancia, el amor, la solidaridad, el diálogo. Saben que su comportamiento a la hora de actuar influirá en el comportamiento que éstos manifestarán en el futuro, pero no saben cómo actuar para prepararlos mejor. Por ello, se ve conveniente fortalecer a la familia y en especial a los padres como primeros educadores de los niños. Una familia con valores podrá proyectar esos valores en sus hijos, fomentando la autoestima y confianza en sí mismos y así darse a los demás.

Sobre los diferentes estilos educativos se ha escrito mucho y la mayoría de los autores coinciden en su descripción, aunque existan variantes en el modo de referirse a ellos (Coloma, 1993, Bee, 2000,

Ortega y Mínguez, 2001). Los padres suelen inclinarse más por uno o por otro estilo, pero siempre se dan características mezcladas (Seifert, 2000):

- Estilo autoritario: se caracteriza por la abundancia de normas y la exigencia de una obediencia estricta.
- Estilo democrático: presenta altos niveles de comunicación entre padres e hijos, por muestras explícitas de afecto.
- Estilo permisivo: los padres permisivos prodigan muestras de afecto hacia los hijos y tienden a una aceptación general de las conductas de éstos.
- Estilo indiferente: se identifica con la ausencia de normas que cumplir, bajo nivel de afecto e indiferencia hacia las conductas de los hijos.

Poco se sabe acerca de por qué los padres manifiestan uno u otro estilo educativo. Entre las posibles influencias están, según Pérez y Cánovas (2002), los valores que los padres defienden, aspectos culturales, los recursos emocionales y materiales con que cuentan los padres, la personalidad tanto de padres como de hijos, la vivencia de la propia educación de los padres, la experiencia y respuesta espontánea a distintas situaciones, etc.

La sobreprotección es un estilo nuevo, pero no necesariamente más funcional, ya que suele ocultar los sentimientos de culpa de muchos padres más dedicados al trabajo que a la vida familiar y más preocupados por el logro externo que por el crecimiento interior, pero que en el fondo son incapaces de resistirse al chantaje emocional que marcan sus hijos.

Existen diferencias individuales entre los hijos, en salud, en sueño, en temperamento, y por tanto sus demandas y recursos son también diferentes. Además, el padre que educa a varios hijos vive con cada uno de ellos un momento evolutivo diferente, en contextos familiares y sociales también diferentes. En suma, un trato idéntico no es posible, y probablemente ni siquiera deseable. Más que esforzarse en demostrar un trato matemáticamente idéntico, la familia debe ocuparse por conocer las necesidades de cada hijo, y debe darles respuesta adecuada, compensando las carencias individuales, primando necesidades y distribuyendo recursos.

Hoy más que nunca, cuando una pareja decide tener hijos, es fácil que éstos se conviertan en el centro explícito de toda la vida familiar. Se tiende a primar el rol de amigo, sobre el de padre, el de buen padre sobre el de padre responsable, se establece una equiparación democrática entre generaciones, se anula o se perdona el castigo, se respetan no sólo los proyectos e intereses del hijo, sino también sus más inestables deseos, y se les procura evitar cualquier posible frustración. Se teme decir que no por miedo a reproducir los modelos autoritarios.

Por miedo a cortar la comunicación o a perder el afecto, se les cede el control de la vida familiar.

Quizá haga falta el paso de unas pocas generaciones para comprobar los efectos psicológicos que pueden producirse de tales estilos educativos, más cercanos al simple dar todo por bueno que al mero *laissez faire*. Prescindiendo de la rigidez impositiva de las normas sin explicación ni razonamiento con quien debe cumplirlas y asumirlas, la norma debe existir, así como el esfuerzo para hacer comprender la conveniencia de que todos nos atengamos a ella, en función no del poder establecido, sino de su lógica y funcionalidad. Y en este sentido la norma de conducta no puede basarse en el simple capricho del hijo, ni en la comodidad del padre, sino en su contribución a la calidad de vida familiar.

La familia es el espacio donde se fraguan los primeros y definitivos proyectos de vida, donde se transmite un conocimiento que, más que información o ciencia, es sabiduría, porque en ella se transvasa un conocimiento que atañe a las cuestiones fundamentales de la vida humana, que entrelaza lo cognitivo con lo emocional y que es producto genuino de la experiencia vivida por los mayores. La familia, en época de cambios y crisis, de devaluación de la sociedad del bienestar, de problemas económicos, de crisis de valores y de ideologías se mantiene como un espacio de apoyo al débil, al enfermo, al convaleciente. Es un espacio de protección de la intimidad, de solidaridad, de gratuidad, de olvido de sí mismo por los otros, de diálogo y reflexión conjunta sobre los propios proyectos o problemas individuales o del grupo familiar.

Momento propicio para la transmisión de valores

La transmisión de valores ha de hacerse día a día, desde la cuna, sin caer en rutinas o pesimismo. Al ser cada hijo diferente, educar es un arte, no hay reglas fijas. La educación temprana potencia los periodos sensitivos, que son los momentos oportunos en los que el niño asimila con más facilidad determinados aprendizajes: aptitudes físicas, aptitudes para el estudio, desarrollo de la sociabilidad, juegos en grupo.

El medio más importante es el del propio ejemplo. Un niño detecta instintivamente si los padres se quieren, si se hablan con cariño. Este ambiente crea en él una seguridad que lo llena de serenidad y lo hace capaz de afrontar sus pequeños sinsabores. El niño puede recibir una amonestación pero sabe que su madre lo quiere. Nada se consigue con violencia física, verbal o psicológica (amenazas, aislamiento, rechazo...). Si ven a los padres discutir pierden suelo, toman partido por uno u otro y actúan violentamente ante episodios similares a su alcance.

Las personas son seres trascendentales y tienen voluntad. Esto significa que son seres libres y responsables, capaces de entender y razonar. Gracias a la voluntad, las personas pueden dominar sus períodos sensitivos. Es posible llevar a cabo una acción fuera del período sensitivo correspondiente, pero ello obliga a desarrollar una fuerza de voluntad muy superior, cuesta más trabajo, y además es muy difícil alcanzar la misma perfección en los resultados.

El conocimiento de estos períodos permite a los padres actuar de forma anticipada en la formación integral de los hijos, pudiendo potenciar los buenos hábitos, desarrollando valores tales como el respeto, la responsabilidad, la tolerancia, la solidaridad. Esto es posible yendo por delante y formándose, conociendo las nuevas pedagogías, haciendo de la educación una labor de equipo, poniendo cariño, respeto, comprensión, autoridad, ayuda, consejo, especialmente esfuerzo, ejemplo, porque no se puede dar lo que no se tiene (Beaver, 1999).

En lo que se refiere a la formación del juicio moral, hacia los 8 o 9 años se da en el niño un gran desarrollo moral. Es la edad de la diferenciación, se analizan los motivos y las consecuencias de las acciones y la conciencia moral se torna más coherente. Su razonamiento depende en gran parte de lo que pueda observar y percibir y se reduce a la comprensión de ideas concretas y ligadas a la realidad que vive. También desarrolla la capacidad de considerar varias alternativas para resolver un problema, y la capacidad de colocarse en el punto de vista del compañero. Es la edad social por excelencia de la infancia y ya pueden aprender un comportamiento social (Tassoni, 1998).

Asimismo, a esta edad, los sentimientos morales se van independizando de los de los padres. El desarrollo intelectual alcanzado facilita la realización de sus propios juicios morales. Su actitud crítica se va reflejando en la toma de postura ante los mandatos y prohibiciones de los padres y profesores, que le lleva a observar la conducta de los que le rodean y a regular su vida según lo observado. De ahí la fuerza moral que tiene el ejemplo que ven en sus padres.

La norma de comportamiento es descubierta como algo que tiene valor en sí misma, no sólo como impuesta por los adultos. Esto da consistencia a su conducta. La disposición psicológica de esta etapa (claridad mental, mayor interiorización, confianza...) es óptima para recibir rectamente los criterios morales.

Es muy importante que en esta etapa la formación moral esté impregnada de sentido positivo, evitando los tonos de amenaza, que favorecen el que la enseñanza moral se ponga en tela de juicio en la adolescencia. Tanto en el hogar como en el colegio, el ambiente de disciplina, cariño y seguridad emocional favorece la asimilación de esta formación.

También esta edad es muy propicia para educar la laboriosidad de modo que arraigue en ellos el hábito de un trabajo serio y ordena-

do, el esfuerzo por cumplir un pequeño horario, que les preparará para vencer la tendencia al desorden y la desgana propias de la adolescencia.

Por lo que se refiere a la adolescencia, es importante enseñarles a reflexionar, ayudándoles a distinguir lo que para ellos es importante ahora, de lo que puede ser importante en el futuro. Ayudarles a que se conozcan mejor: qué está pasando en ellos, por qué, qué consecuencias tiene. Suscitar en ellos inquietudes que desemboquen en preguntas, sin tener miedo a ninguna pregunta que puedan hacer. Escuchar mucho. Prevenirles contra el sentimentalismo que podría llevar a querer hacer solamente lo que resulta grato en el aspecto sensible, evitando lo que supone exigencia.

Estrategias de los padres para la transmisión del valor de responsabilidad

La responsabilidad que los padres adquieren en el desarrollo de los valores de sus hijos es grande y difícil de realizar, ya que por una parte, tienen que ser ellos mismos y por otra, deben propiciar y estimular a sus hijos a que también sean ellos mismos. Para ello, los padres deben clarificar y establecer una jerarquía de los valores que desean transmitir a sus hijos:

Formación del juicio moral

La sociedad actual reclama con insistencia una educación moral para la juventud, quizá como consecuencia de la crisis social generalizada que tiene sus manifestaciones en la inseguridad ciudadana, la corrupción de la vida política, la extensión de determinadas enfermedades, o en los atentados al medio ambiente. En los ambientes sociales, culturales y políticos se ha abierto camino la necesidad de un planteamiento ético elemental sobre el que puedan apoyarse las relaciones humanas, tanto en la esfera privada como en la pública.

Es imprescindible enfrentar la plaga de analfabetismo moral que lentamente va extendiéndose en las capas más jóvenes e indefensas de la sociedad. Lo que está en juego no es sólo el futuro profesional de los ahora estudiantes, sino la misma capacidad de llevar adelante la propia vida, de capear con éxito los desafíos cotidianos con los que inexorablemente la vida confronta a cada ser humano.

No obstante, el consenso sobre la necesidad de una educación ética no está acompañado de una posición concorde sobre el contenido de la formación moral y, en consecuencia, sobre las técnicas educativas que deben aplicarse, precisamente porque no hay un acuerdo

general sobre el concepto de persona. La educación presupone una fundamentación antropológica, y la educación ética queda condicionada por la antropología de la que se parte. En efecto, antropología y ética se implican mutuamente. La educación ética sólo podrá entenderse como educación de la libertad y de la responsabilidad del joven, que ha de descubrir por sí mismo la verdad y comprometerse con ella: no hay ejercicio de la libertad sin responsabilidad, sin amor a la verdad y al bien, sin compromiso. La educación moral sería, en primer lugar, educación de la responsabilidad: de la capacidad que el hombre tiene para comprometerse con la verdad.

No puede decirse que los graves problemas morales que afectan a las instituciones, y a la sociedad en su conjunto, se deban, sólo o principalmente, a la dificultad que entraña formarse una clara conciencia moral (saber qué es lo correcto moralmente) en una sociedad tan compleja como la nuestra, en la que los límites o contenidos de lo moral aparecen borrosos o cambiantes. Más bien parece tratarse de una escasa voluntad de practicar la justicia, de ausencia de energías para la asunción de la responsabilidad personal frente al otro (Ortega, 1997).

Los principales problemas que se detectan en el ámbito de la educación moral de los jóvenes son: a) desconocimiento del significado de cada uno de los principales valores morales, del principio que los fundamenta, la dignidad humana y las consecuencias que de tales valores se derivan para la vida del propio individuo y para sus relaciones con los demás; b) descontrol de los propios sentimientos que impiden acercarse a los problemas desde la perspectiva moral, sobre lo que debe ser hecho, o dificultan ver a los otros como realmente afectados por las decisiones morales que se adoptan; c) y, sobre todo, que no hay consistencia entre los valores morales y los comportamientos que se mantienen con los compañeros del aula, con los profesores y con sus familias (Escámez, 1997).

Desde este punto de partida, la educación ética consiste en provocar en los hijos la inquietud por descubrir los valores objetivos a los que deben acomodar su conducta, y orientarse en el fortalecimiento de su propia voluntad, de modo que puedan responder libremente a las exigencias de la verdad o, si se quiere, a las exigencias de la propia dignidad personal, de su propia naturaleza.

La educación moral nada tiene que ver, por tanto, con el adoctrinamiento, entendido como la imposición externa de normas morales al amparo de la coerción inherente a las relaciones de superioridad, que no respeta la libertad del educando para elegir por sí mismo; pero tampoco permite sostener un liberalismo absoluto, que excluya cualquier principio rector de la conducta fuera del propio arbitrio. El adoctrinamiento, al no tener en cuenta la libertad del hombre, olvida que nadie puede ser obligado a amar, o a odiar, o a proponerse un determinado fin en su conducta. A lo más, se puede obligar a un hombre a

realizar un acto externo, pero su dignidad se fundamenta precisamente en su capacidad para decidir por sí mismo y para sentir, como deber moral, la rectitud en los impulsos instintivos.

Si la libertad es el punto de partida, la educación ética requiere encontrar el modo de presentar al joven los valores morales para que pueda descubrirlos por sí mismo, admirarse ante ellos, admitirlos y hacerlos vida propia libremente. Pero el joven no descubrirá los valores en abstracto, sino encarnados en sus padres, en sus profesores, o en otras personas, que se presentan a su vista como ejemplos o modelos vivos a los que vale la pena imitar, que ofrezcan razones del ser, más que del poseer.

En la familia, la formación moral se adquiere a través de las vivencias más corrientes, más con los hechos que con las palabras: con ejemplos vivos de respeto, de preocupación por los demás, de espíritu de servicio, de disciplina, de limpieza, de orden, de cuidado de los pequeños detalles materiales, de la sinceridad, etc. El amor, la confianza, el agradecimiento favorecen la formación de la conciencia y son condiciones básicas de un ambiente auténticamente educativo.

Hay que educar enseñando a esforzarse día a día en hacer lo que uno entiende que debe hacer: aprovechar el tiempo, sacar partido a las propias capacidades personales, procurar vencer los defectos del propio carácter, buscar siempre hacer algo más por las personas que están a nuestro alrededor; intentar ver el aspecto positivo de las cosas, mantener una relación cordial con todos, etc. La educación moral debe contribuir asimismo a afinar la sensibilidad moral de tal modo que permita captar y sentirse afectado por el dolor y las injusticias (Puig, 1997).

Para todo este programa de educación hace falta una motivación, dotarlo de sentido: saber por qué y para qué.

La educación de los valores debe tener en cuenta la edad y la madurez del educando pero siempre cuenta con su protagonismo: los padres aconsejan y orientan, avivando la autonomía del hijo, de modo que no se refugie en la falsa seguridad que le ofrece una dependencia pasiva. No se trata de suplantar la voluntad del hijo señalándole en cada momento lo que debe hacer, sino de colocarlo frente a su responsabilidad y de ayudarle a tomar sus propias decisiones.

En la educación familiar, como en el propio comportamiento, si se quiere ser racional, no es posible disociar la racionalidad de pensamiento de la racionalidad de la acción. Es decir, cabe aclarar racionalmente los objetivos y fines educativos y poner en marcha los métodos adecuados para conseguirlos. Cuanto mayor sea la coherencia por parte de los padres, como entre padre y madre entre sí, mayor será la posibilidad de éxito en la educación familiar. Por ello, la racionalidad se convierte en un instrumento necesario para conseguir una educación de calidad (Pérez y Cánovas, 2002).

El factor Fidelidad

La fidelidad entre los esposos es condición necesaria para la transmisión de valores. Cuando esta fidelidad falla, la institución matrimonial entra en crisis y entonces puede hablarse de crisis de la autoridad, crisis de la institución familiar y crisis generacional (Ferrer, 1994).

El ejemplo personal

Si los padres quieren alcanzar el carácter de modelo, han de ser conscientes de que las actitudes básicas de la personalidad se adquieren fundamentalmente por la vía inconsciente, mediante procesos de imitación e identificación. Por este motivo la conducta paterna debe consistir en un progresivo esfuerzo por comportarse de acuerdo con las expectativas que en sus hijos han creado y de acuerdo con las necesidades de su estadio evolutivo (López Bacheró, 1986).

Igualmente, Beaver (1999) afirma que el comportamiento es aprendido a través de complejos procesos de imitación de modelos, expectativas, normas, sanciones, etc. Muchos de estos procesos son subconscientes pero constantes.

El mejor modo de educar a los hijos es no detenerse nunca en el camino de la educación propia y estar siempre dispuesto a aprender. La educación no tiene nada que ver con la cultura ni con los conocimientos propios en determinadas materias. Educar es enseñar a comportarse frente a la vida; enseñar a dividir el día en diversas actividades: horas de estudio, trabajo, descanso, comida, juegos; saber explicar que cada cosa tiene su hora concreta y que cada uno debe estar en lo que hace, que hay una cosa para cada sitio y un sitio para cada cosa; enseñar a colaborar en la casa para hacer la vida más agradable a los otros; escuchar a los demás; estimular y exigir un comportamiento correcto; ser ejemplo de esfuerzo por practicar los valores que se inculcan; animar a ser valientes, a responder de lo que hacen, sin esconderse en el anonimato.

Algunos padres tienen miedo a exigir. Sin embargo, transigir en todo o en la mayoría de las cosas sumerge a los jóvenes en una falsa libertad que les atosiga, que les hace sentirse como flotantes, con una falta de criterio interior y exterior, que en vez de contribuir a su formación les daña, porque carecen de un necesario punto de referencia (Ferrer, 1994).

Cuando los padres dan una orden, ésta debe cumplirse. Estas órdenes deben tener siempre un sentido de servicio a los demás, no hacia el que las ordena. Exigir que se llegue a casa a una hora concreta sirve para que al cumplir lo ordenado se contribuya al buen funcionamiento del hogar y a la propia seguridad.

Diálogo y comunicación

Es importante prestar atención a lo que los hijos dicen cuando quieren atraer la atención de los padres. Aunque sean nimiedades, esto abrirá la posibilidad de que en un futuro los padres puedan entrar en su mundo interior.

Todo padre sueña con ser el mejor amigo de su hijo, el primero en enterarse de sus confidencias. Como todo en la vida, la sociabilidad y la amistad requieren un aprendizaje; la confianza se crea pero no se impone. Los padres no deben cifrar la conversación con su hijo en preguntar por las calificaciones escolares o por cómo se lo pasa con sus amigos. Tampoco deben esconderse detrás de un autoritarismo mal entendido que ocasiona reacciones tensas con los hijos, ni dejar que los hijos campeen a su aire. La mejor solución es la intermedia, ni los padres deben renunciar a una autoridad que les es esencial ni tampoco es bueno que adopten una actitud de despreocupación. Se debe confiar en los hijos, delegarles responsabilidades cada vez mayores según su edad.

Los jóvenes buscan a alguien que pueda orientarles en la vida y en quien puedan confiar, pero debe quedar claro que no buscan colegas. Tratar a un hijo como a una persona responsable y no como a un niño pequeño significa que sus opiniones y razonamientos son escuchados y tenidos en cuenta en la vida familiar. La clave está en transigir en los temas opinables y no ceder en los que, por su bien, no se puede transigir.

Para que la relación paterno-filial sea una relación de amistad debe haber conversaciones largas, íntimas y sin censuras. Los padres deben aconsejar sin censurar, mostrar interés por sus preocupaciones, por su persona y sus cosas, confiar en ellos, respetar su intimidad y demostrarles que pueden confiar en sus padres. Ayudarles a corregir sus defectos sin caer en la pesadez o reducir todo su trato a estos avisos.

Es muy bueno que los hijos no sólo se sientan escuchados y comprendidos, sino que vean que sus consejos o ideas tienen efecto en la vida familiar. Un medio positivo sería, por ejemplo, dejarlos que organicen algún aspecto de la vida en familia, contarles alguna de las preocupaciones paternas o la situación económica de la casa, etc.

Afecto y acogida

En el aprendizaje del valor se hace necesario algo más: el clima de afecto, de aceptación y comprensión que envuelven las relaciones de educador y educando. La apropiación del valor no es fruto de una simple operación de cálculo; interviene, en gran medida, la mediación del modelo que hace atractivo, sugerente un valor. Éste aparece estrechamente vinculado a la experiencia del modelo, y su aprendizaje depende tanto de la bondad de la experiencia cuanto de la aceptación-rechazo que produce en el educando la persona misma del modelo. El educando (niño-adolescente) tiende a identificar experiencia de un valor con el modelo más cercano: padres, profesores y personas significativas de su entorno. En la apropiación del valor hay siempre un componente de pasión, de amor. Evidentemente, este enfoque en la enseñanza de los valores es aplicable si contamos con una familia estructurada, con un mínimo proyecto educativo para sus hijos y una escuela que hace de la educación de toda la persona su preocupación fundamental (Ortega y Mínguez, 2001).

Es aconsejable favorecer en el niño un apego seguro, que proporcione estabilidad, cuidados básicos y afecto, pero que cultive al tiempo vinculaciones plurales que impliquen a otros miembros de la familia y de fuera de ella. El desarrollo de la propia identidad y autonomía personal, y el desarrollo de la competencia social se ven favorecidos cuando la familia es capaz de estimular y facilitar relaciones afectivas con otros niños y adultos (Gimeno, 1999).

Metodología de la Investigación

El trabajo de campo de esta investigación se ha centrado en una submuestra de 6 alumnos de una clase de 4º curso de ESO, de un colegio privado concertado, cercano a Murcia, por considerar esta edad reveladora de los valores adquiridos en la familia y de sus consecuencias en el rendimiento académico. El objetivo principal de la investigación no han sido, sin embargo, los resultados escolares de los alumnos sino las pautas de transmisión del valor de responsabilidad de los padres a los hijos.

Para ello, se ha llevado a cabo una revisión bibliográfica sobre matrimonio y sobre transmisión de valores a los hijos. El estudio de campo se ha realizado mediante las historias de vida de los padres de los alumnos.

La estrategia empleada ha sido la siguiente:

- Entrevista con la directora y el jefe de estudios del centro escolar seleccionado, para la aplicación del estudio de campo. En esta reunión se les explicó la naturaleza y los objetivos de la

investigación, a la vez que se les solicitó autorización y colaboración para las entrevistas con los padres.

- Se comunicó al tutor de los alumnos de un 4º curso de la ESO la investigación a realizar, con el fin de recabar su colaboración en este sentido.
- Se elaboró un calendario de trabajo para la creación de una guía soporte de la entrevista, y para la aplicación de las entrevistas.
- Se eligió ese centro escolar por las siguientes razones: a) profesionales, al formar parte la investigadora del equipo docente del mismo; b) características de los alumnos: al ser un centro concertado, los alumnos provienen de ambientes sociales y familiares variados, lo que permite una mayor diversidad en la recogida de datos; c) características del Centro: al ser privado, este centro tiene un proyecto educativo que fomenta la transmisión de valores y la formación integral de los alumnos.

Esta investigación ha pretendido:

- Conocer las historias de vida de los padres de los alumnos que han constituido el soporte de esta investigación.
- Analizar aspectos positivos y negativos del clima familiar, relacionados con la percepción del valor de responsabilidad que tienen los padres de estos alumnos y cómo transmiten este valor a sus hijos.
- Mostrar la necesidad de una acción educativa continua para padres.

La metodología que se ha empleado en el estudio empírico ha sido cualitativa, es decir, de índole biográfico-narrativa.

La entrevista ha girado en torno a las cualidades de las conductas, es decir, al comportamiento y a los hechos, que es donde realmente se hacen patentes los valores. Para dichas entrevistas se ha dispuesto de una guía semi-estructurada, que recogía las cuestiones sobre las que "a priori" interesaba profundizar.

El estudio de las vidas de los padres ha posibilitado, entre otros, acceder a una información de primer orden para conocer de modo más profundo los factores que intervienen en el proceso educativo (su edad, su concepción de la educación, así como su propia preparación para esta tarea; el tiempo que tienen para formar a sus hijos, los medios técnicos de que disponen, etc.); por otra parte, ha sido en sí mismo un medio para que los padres reflexionasen sobre su vida matrimonial, en orden a apropiarse de la experiencia vivida y adquirir nuevas comprensiones de ellos mismos, como base para su desarrollo personal, como padres y como educadores.

Resultados de la Investigación

Los padres y madres que han participado en este estudio consideran que los factores que más influyen en el desarrollo de comportamientos responsables en sus hijos/as son la propia familia, el carácter y la personalidad. De modo que la familia desempeñaría desde su perspectiva un papel fundamental en la formación de los hijos en la responsabilidad.

El centro escolar que ha colaborado en nuestra investigación tiene tres líneas de 4º de ESO. Concretamente, el 4º curso seleccionado cuenta con 22 alumnos, de los que un 55% son chicos y un 45% son chicas.

Se seleccionó una submuestra de 6 alumnos, cuatro chicas y dos chicos, todos ellos de 16 años.

El 50% de los alumnos seleccionados tiene buenos resultados académicos (tres chicas) y el otro 50%, alguna asignatura suspensa (una chica y dos chicos: Familias 1, 2 y 3). Uno de los chicos repitió curso en 3º de la ESO.

Los padres a los que hemos entrevistado proceden en su mayoría de un status social medio. La edad media de los entrevistados es de 45 años. Uno sólo (17%) tiene menos de 40 años, otro (17%) tiene más de 55 años, y el grueso se concentra alrededor de la media, de 40 a 50 años (66%). Se aprecia más edad en los padres de los tres alumnos que presentan un menor rendimiento escolar. Los padres entre 55 y 60 años ya son abuelos. Se ha tendido a mimar o consentir más a estos alumnos por ser los menores de la familia.

La media de años de matrimonio es de 18-19 años. Sus expectativas se están cumpliendo. En el otro cónyuge se busca amistad y apoyo. Los padres del alumno de la familia 2 están divorciados desde hace 10 años.

El número de hijos manifiesta un índice de generosidad y de apertura a la vida. Sin embargo, en los niveles de calidad de vida actualmente conseguidos, un hijo más causaría, según los padres, cierta molestia, aunque si viniera, por supuesto, se recibiría.

Se trata de una submuestra con un nivel educativo medio más bien bajo. Sólo un 17% tiene estudios universitarios. El 33% tiene estudios secundarios completos, pero son más (50%) los que sólo tienen primarios completos. Los padres que tienen estudios primarios son también mayores en edad que los demás entrevistados.

El nivel profesional de los padres entrevistados corresponde más o menos a los estudios realizados. Sin embargo, el padre que tiene estudios universitarios trabaja en una profesión de tipo medio.

El nivel económico es satisfactorio (el 67% recibe una retribución económica adecuada). Para ello, deben trabajar 4 padres y 3 madres.

Siempre trabaja uno de los cónyuges y, en dos casos, el marido y la mujer. La jornada de trabajo es completa.

A pesar de las dificultades económicas de algunas de las familias, el poder adquisitivo apenas se diferencia del de aquellas familias con más recursos. Un factor positivo es que se invierte en avances tecnológicos y culturales. No parece influir el nivel socioeconómico en el número de televisiones con que se cuenta en casa; tienen más o menos el mismo número los padres de status alto que los padres de status medio y bajo. En realidad, el número de televisores tan sólo varía, muy ligeramente, con el número de miembros del hogar.

Un aspecto a señalar es que en la mayoría de los casos, los hijos no tienen la televisión en su habitación (un 83%). Este factor es positivo porque según estudios realizados, los estudiantes de ESO con televisión en su propia habitación tienden a suspender más asignaturas que los que no la tienen (Pérez-Díaz, Rodríguez y Sánchez, 2001). Este hecho se verifica en el caso de uno de los 6 alumnos, que tiene la tv en la habitación y ha repetido algún curso.

Aunque los alumnos son adolescentes, llama la atención el bajo porcentaje de padres que ven la televisión con sus hijos, siendo evidente la contribución que este hecho supone para el fomento del espíritu crítico de los hijos y para la unidad familiar.

En cuanto a la disponibilidad de dedicación de los padres a los hijos, se ha observado que, en el caso de las familias 1 y 3, coincide el hecho de los malos resultados escolares con la ausencia de la madre del hogar por razones laborales. En la familia 2, dichos resultados negativos están posiblemente relacionados con el hecho de que los padres están divorciados; al mismo tiempo, los padres de las familias 1, 2 y 3 tienen un nivel académico de estudios primarios.

Todos intentan dedicar a los hijos más tiempo durante los fines de semana.

No hay una relación entre el sacrificio que conlleva el trabajo de los padres fuera de casa, con una mayor correspondencia en el esfuerzo escolar por parte de los hijos. Es el caso especialmente de la familia 1, cuya madre es viuda, el de la familia 2, cuyos padres están divorciados, y el de la familia 3, cuyos padres trabajan los dos, son mayores y el padre tiene un comienzo de Alzheimer.

No conviven otros miembros familiares en el hogar. La gran mayoría (83%) vive en hogares con cinco miembros (normalmente, dos progenitores y tres hijos). Un 17% vive en hogares con cuatro miembros (normalmente, los dos padres y dos hijos).

Dos de los alumnos con mayores dificultades de relación y de rendimiento escolar viven en zona de huerta, menos poblada.

Aunque los padres delegan en la institución escolar la mayor parte de la educación formal de sus hijos (al menos en términos tem-

porales), contribuyen a ésta por otros medios: actividades extraescolares y poniendo a su disposición recursos educativos o culturales que los padres han ido acopiando: los libros que hay en casa, pero también la televisión y el ordenador (con o sin conexión a Internet). Todos cuentan con bibliotecas familiares, algunos de cien libros. La situación, por tanto, habría mejorado con el paso de las generaciones, pero quizá no tanto como para que los niños y adolescentes profundicen en literatura atractiva y a la vez formativa.

A través de la información recibida de los padres, se podría afirmar que el estilo de educación que se vive en las familias de las alumnas que presentan mejores resultados escolares es democrático. El ambiente de educación de los otros tres alumnos refleja más bien un estilo permisivo, por las diferentes razones que hemos ido apuntando: menor implicación de los padres por ausencia del hogar, padres divorciados, menor preparación cultural, mayor edad y tendencia a proteger, a no exigir, al hijo más pequeño.

Aunque existe falta de diálogo en el caso de dos alumnos, los padres parecen conocerlos bien. Sin embargo, la falta de diálogo ha creado en sus hijos un nivel de baja autoestima y una mayor dificultad para asumir responsabilidades. Ello se manifiesta en su menor rendimiento escolar.

En esta investigación, mayoritariamente, los padres afirman que están unidos a sus hijos. Las relaciones son satisfactorias y reflejan estabilidad y ausencia de conflicto. En la mayoría de los casos existe un fuerte clima afectivo, y las relaciones con los hijos son constructivas y altamente positivas, se desarrollan en un clima de unión, comunicación y confianza.

Una inmensa mayoría (83%) afirma que la principal responsabilidad de educar a los hijos recae completamente en las familias, y sólo un 17% en el centro escolar y en la familia, aunque luego, en la práctica, muchas de esas familias deleguen en los segundos la provisión de buena parte de esa educación.

Una mayoría (80%) tiene la sensación de estar ocupándose más de la educación de sus hijos que lo que lo hicieron sus padres. Un 20% reconoce estar ocupándose igual que lo hicieron sus padres. En este aspecto, independientemente de los resultados positivos o negativos, se ha avanzado en una mayor preocupación por bien formar a los hijos. Sin embargo, casi todos lamentan el escaso tiempo que les pueden dedicar, especialmente por motivos laborales y por tener que atender a familiares enfermos.

Todos han ido adquiriendo una experiencia, en la educación de sus hijos, a lo largo de su vida matrimonial. Salvo una excepción, los padres consideran útil recibir de forma regular una formación para educar a sus hijos. Algunos señalan haber tenido una buena experiencia en este tipo de acción educativa para padres. La dificultad

radica en el poco tiempo disponible pero estarían dispuestos a participar en caso de que el colegio organizara acciones en este sentido.

Existe una preocupación general por la formación religiosa de los hijos, dejando un amplio margen de libertad de opción. La actitud religiosa del 83% de los padres entrevistados es más bien superficial y de índole social. Aunque se deja la libertad de elección a los hijos, el 100% ha recibido los sacramentos de la religión católica. No hay correspondencia entre recepción de sacramentos y práctica religiosa. La recepción de sacramentos se concibe como un evento familiar y del colegio.

A través de unas pautas familiares, procuran dar ocasión a sus hijos de vivir manifestaciones de responsabilidad. Se aprecia un esfuerzo por inculcar la puntualidad, así como los hábitos de servicio, orden y limpieza. Sin embargo, a los hijos les cuesta especialmente ser diligentes para servir a los demás y realizar algunas tareas asignadas como ordenar sus cosas, limpiar su habitación, etc. Perciben que no están haciéndolo bien pero saben que los padres acabarán realizando ellos mismos determinadas tareas y seguirán queriéndolos igual. Efectivamente, las madres suelen hacer estas tareas cuando no ven una respuesta positiva en los hijos, queriendo evitar así enfrentamientos. En ocasiones, la importancia atribuida a los hijos está conduciendo a los padres hacia una sobreprotección. En algunas familias, los hijos creen que su colaboración en el hogar es un favor que prestan a sus padres. Los efectos psicológicos de este modo de proceder se aprecian en las relaciones de estos niños y de estos jóvenes con su entorno. Dichas relaciones se conciben como un derecho, una falta de servicio o la evasión del cumplimiento del deber cuando deja de haber vigilancia.

En el caso de los estudios, como son los principales responsables y nadie puede reemplazarlos, los resultados acaban poniendo de manifiesto estas deficiencias educativas.

En cuanto a la vida en familia, un 67% participa en las decisiones de los padres sobre la vida familiar. Se ven más maduros.

Todos los padres utilizan la estrategia de eliminar caprichos a los hijos cuando no trabajan o cuando no obedecen. En general, si la falta proviene de regresar más tarde después de una salida, el castigo consiste en no salir hasta un determinado tiempo.

La entrevista con el tutor o tutora es frecuente tras la entrega de resultados escolares.

En cuanto a la motivación del estudio de los hijos, entre los alumnos más trabajadores hay un porcentaje de 67% que estudia pensando en su futura vida laboral. Poder salir con sus amigos es también un buen aliciente para ellos. A pesar de que animan a sus hijos a realizar un trabajo bien hecho, sin buscar una recompensa a corto plazo, se aprecia una búsqueda en los alumnos de resultados fáciles con poco esfuerzo, así como un desconocimiento de sus posibilidades reales: el

100% se propone continuar el bachillerato y sin embargo no todos parecen reunir las condiciones necesarias.

Los padres cuya situación económica es menos holgada no asignan a los hijos una cantidad fija de dinero cada semana. Si existe problema de responsabilidad en algunos de estos 6 casos no es tanto por el dinero que reciben sino porque tienen fácilmente cubiertas sus necesidades y no se detienen a considerar, la mayoría de las veces, el sacrificio que están realizando sus padres trabajando muchas horas fuera y dentro del hogar.

Existe una preocupación efectiva por transmitir buenas ideas en relación con la conservación del medio ambiente pero no un buen seguimiento. En un 83%, los padres acaban realizando ellos mismos las tareas domésticas relacionadas con el mantenimiento del mismo: sacar la basura, distribuirla por materiales, etc.

Todos los alumnos proceden de la zona en la que está ubicado el colegio y los padres están satisfechos con el tipo de enseñanza que se imparte en el mismo. Algunos tienen hijos en instituciones públicas, igualmente situadas en la zona, y prefieren la atención que les presta el colegio, tanto a sus hijos como a ellos.

En general, se aprecia un interés máximo por parte de los padres en responder a las exigencias del colegio: acuden cuando los llaman y asisten a las reuniones. Igualmente, se preocupan por conocer a los profesores a través de lo que cuentan sus hijos. A algunos los conocen personalmente.

Los padres desean contribuir con su buen ejemplo y el seguimiento continuo y paciente de cada hijo a arraigar en ellos hábitos de orden y autodisciplina. Esta tarea sería más efectiva si tuvieran un conocimiento más clarificado de los valores que desean inculcar a sus hijos y las pautas o estrategias para transmitirlos. Asimismo, una mejora en el terreno de la autoridad y de la disciplina ayudaría a fortalecer la voluntad de los hijos, tan necesaria para la puesta en práctica de la responsabilidad y de los demás valores.

Informe de Investigación y Conclusiones

Se ha investigado un tema perteneciente a las ciencias humanas y éstas presentan especiales dificultades para la conquista de la objetividad, al contrario de como ocurre con las ciencias físicas y las biológicas. La investigación siempre pondrá al descubierto gran cantidad de cosas que aún quedan por conocer o por ver en su justa perspectiva.

De acuerdo con Rodríguez, Gil y García (1996), el informe de investigación sería como la conclusión de un paso más, que posiblemente abra nuevos caminos, nuevas investigaciones, en la aproxima-

ción al conocimiento de un tipo de realidades o fenómenos, y no únicamente como la etapa final de un proceso de investigación.

A modo de resumen, se podría afirmar que, teniendo en cuenta las limitaciones personales y la libertad de cada uno, los hijos que parecen responder con mayor responsabilidad en las diferentes manifestaciones de la vida ordinaria, contando además con buenas aptitudes de carácter, salud y entorno, son aquellos cuyos padres conviven en un hogar unido, están mejor preparados culturalmente, dedican más tiempo a la comunicación con sus hijos, tienen conciencia clara de los valores que desean inculcarles y las estrategias adecuadas para transmitirlos. Si esto funciona, los recursos económicos no son un elemento determinante. Por el contrario, la experiencia muestra que, generalmente, a mayores recursos menos esfuerzo y menos responsabilidad. La transmisión del valor de responsabilidad se logra más eficazmente cuando los padres adoptan un estilo educativo democrático, de diálogo y de afecto.

En la mayoría de los padres encuestados se observa poca exigencia, ya que desean evitar malos ratos a los hijos o a ellos mismos.

Todo ello lleva a concluir que los padres necesitan un apoyo para la clarificación y transmisión de los valores a sus hijos.

Especialistas como Touriñán (2001) afirman que existe un vacío legal respecto de la formación de especialistas en intervención educativa familiar. Llama la atención que ninguna de las carreras más relacionadas con el ámbito de la educación familiar: Pedagogía, Psicología, Educación social, Educación infantil, Sociología, etc., tenga como materia troncal en su plan de estudios una asignatura referida a la familia en su totalidad o a la educación familiar.

Los futuros maestros no reciben ninguna información que les lleve a establecer relaciones con los padres de sus alumnos y el modo de promover sus recursos afectivos, cognitivos y sociales para lograr el desarrollo de una estructura relacional con los padres (Aguilar, 2002).

Sin embargo, en lo que a formación de padres se refiere, dice Touriñán que hoy en día existen escuelas de padres cuyo objetivo formal es desarrollar actitudes adecuadas para la comprensión del proceso educativo; adquirir criterios para enjuiciar y utilizar las destrezas técnicas de la educación que afectan a las relaciones en familia y mejorar sus aptitudes para resolver problemas de la convivencia referidos a niños y jóvenes.

Aunque la paternidad sea una decisión responsable y consciente de la pareja, el proyecto educativo familiar no siempre es explícito, pues los mismos padres, con independencia de su nivel cultural, no han recibido una formación básica que les permita planificar la educación de sus hijos y prevenir las posibles dificultades.

Por qué no dar la misma importancia a la necesidad de una preparación dirigida a la formación familiar que a la escolar, si los estudios e investigaciones muestran la repercusión del ámbito familiar en nuestra vida (Aguilar, 2002). Este es un tema de vital importancia a considerar por parte de expertos y de altas instancias educativas.

La interacción familia/escuela precisa de un apoyo institucional con iniciativas concretas de participación que permitan propiciar:

- La extensión de cursos de formación de padres y programas de apoyo al hogar.
- El soporte cualificado a los servicios de formación de padres.
- La creación de estrategias alternativas para niños de contextos familiares de riesgos.
- La posibilidad de establecimiento de estrategias para desarrollar la habilidad de los padres:
 - estrategias sociales (creación de clubs y organización de jornadas abiertas);
 - estrategias académicas (ciclos de conferencias para las escuelas de padres);
 - estrategias económicas (actividades de captación de fondos para trabajos paraescolares);
 - estrategias tecnológicas (técnicas de estudio, resolución de conflictos, de toma de decisiones);
 - estrategias participativas y emergentes (acciones sobre el proyecto educativo para detectar problemas y propiciar innovaciones).

A pesar de la escasa difusión de las escuelas de padres, existen ciertos programas estructurados de formación que tratan, a nivel, preventivo de facilitar un clima familiar óptimo, y que muestran también el modo más eficaz de afrontar los conflictos que invariablemente surgen en las interacciones familiares.

Su desarrollo se lleva habitualmente bajo la responsabilidad directa o indirecta del psicólogo o del pedagogo escolar, quien se encarga de contextualizarlo, de impartirlo directamente o de coordinar a los profesionales que imparten los diferentes módulos. A menudo se atiende a las demandas de cada grupo de padres para ampliar algunos módulos o incluso para incluir módulos adicionales (Gimeno, 1999).

En España se fomentan ya muchas iniciativas en este sentido: seminarios y cursos sobre Educación familiar cuyos programas abarcan todos los ámbitos de la vida social y, sin lugar a dudas, la vida familiar tiene un espacio social muy importante al jugar un papel esencial en el desarrollo de la autonomía personal como paso previo a la autonomía social. La reflexión y análisis de estas pautas educativas dan

lugar a que los implicados puedan ir transformando sus conductas educativas a partir de sus propias reflexiones.

Son estos unos recursos que, dada su eficacia probada y su demanda creciente por parte de los padres, deberían ser aplicados de forma progresiva en los diferentes centros educativos, repercutiendo indudablemente en la tarea formativa de padres y profesores y, evidentemente, en el desarrollo integral de los hijos.

Bibliografía

- AGUILAR RAMOS, M.C. (2002). *Educación familiar: una propuesta disciplinar y curricular*, Ediciones Aljibe, Málaga.
- ARANA-GONDRA, R. (1999). *Reencuentro entre Padre e Hijo*, Atlántida Grupo Editor, Madrid.
- BEAVER, M., BREWSTER, J., JONES, P., KEENE, A., NEAUM, S., TALLACK, J. (1999). *Babies and Young Children, Book 1: Early Years Development*, 2nd edition Ed. Stanley Thornes (Publishers) Ltd, First edition published in 1994, Cheltenham, United Kingdom.
- BEE, H. (2000). *The Developing Child*, ninth edition Ed. Allyn an Bacon, Needham Heights, United States of America.
- COLOMA MEDINA, J. (1993). *Estilos educativos paternos*, en Pedagogía Familiar de José M^a Quintana (Coord.), Narcea, Madrid.
- ESCÁMEZ SÁNCHEZ, J. (1997). *La Educación del Carácter*, en Educación Moral, Cajamurcia, Murcia.
- FERRER HORTET, E. (1994). *Exigir para educar*, Ediciones Palabra, Madrid.
- GIMENO, A. (1999). *La familia: el desafío de la diversidad*, Ariel Psicología, Barcelona.
- GONZÁLEZ TORNARÍA, M.L. (2000). "Familia y educación en valores", Foro Iberoamericano sobre Educación en Valores.
- LÓPEZ BACHERO, M. (1986). *Familia y Autoritarismo, Bases para una pedagogía de la autoridad*, Nau Llibres, Valencia, <http://www.campus-oei.org/valores/tornaria.htm>.
- ORTEGA RUIZ, Pedro (1997). *Educación Moral*, Cajamurcia, Murcia
- ORTEGA, P. y MÍNGUEZ, R. (2001). *Familia y transmisión de valores*, Universidad de Murcia. Fundación Caixa Galicia, Colección: Jornadas, Conferencias, Premios. Serie: Coetánea, Galicia.
- ORTEGA, P. y MÍNGUEZ, R. (2001). *La educación moral del ciudadano de hoy*, Paidós, Barcelona.
- PÉREZ ALONSO-GETA, P.M. y CÁNOVAS LEONHARDT, P. (2002). *Valores y pautas de interacción familiar en la adolescencia (13-18 años)*. Fundación Santa María, Madrid.
- PUIG ROVIRA, J.M. (1997). *Educación moral y ciudadanía*, en Educación Moral, Cajamurcia, Murcia.
- RODRÍGUEZ GÓMEZ, G., GIL FLORES, J., GARCÍA JIMÉNEZ, E. (1996). *Metodología de la investigación cualitativa*, Ediciones Aljibe, S.L., Málaga
- ROF CARBALLO, J. (1986). *La familia hoy: convivencia y conflicto*, Asestes, Madrid.

- SEIFERT, K.L., HOFFNUNG, R.J. (2000). *Child and adolescent Development*, fifth Edition, Ed. Houghton Mifflin Company, Boston, U.S.A.
- TASSONI, P. (1998). *Child Care and Education*, Ed. Heinemann Educational Publishers, Oxford, United Kingdom.
- TOURINÁN LÓPEZ, J.M. (2001). *Acción educativa familiar e intervención pedagógica*, Universidad de Santiago de Compostela, Fundación Caixa Galicia, Colección: Jornadas, Conferencias, Premios. Serie: Coetánea, Galicia.
- WOJTYLA, K. (1996). *Amor y responsabilidad*, Plaza y Janés, Barcelona.

La conyugalidad

